



DELIA

Capítulo 5



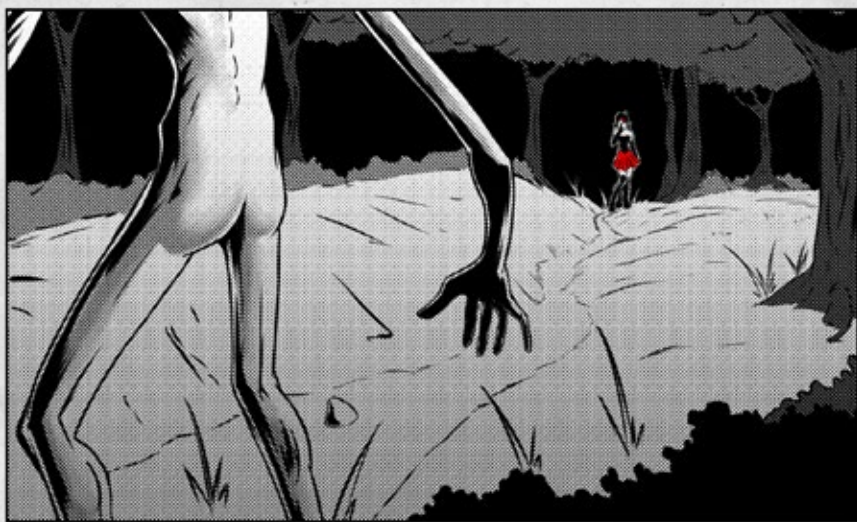
Completo silencio. Como si el tiempo se hubiese detenido. Ningún sonido llegaba a los oídos de Delia. De pie en el bosque. Inmóvil. A la expectativa de algo que no sabía. La luna resplandecía de forma intensa. Podía ver con claridad lo que la rodeaba tan sólo con la luz del satélite natural. Ni siquiera insectos, aves o alguna otra criatura nocturna.

Ella vestía el mismo atuendo que su padre le había comprado en el pueblo. Mismo atuendo con el que a ojos de Marty lucía como un ángel caído.

Comenzó a desplazar sus botas sobre la vegetación del bosque. Paso tras paso, era el único sonido que escuchaba. Sus pies doblando la hierba y pisando algunas ramas. Caminaba despacio y con cautela. Observaba su camino cada cierto tiempo, pero principalmente recorría los alrededores con su mirada. Entonces algo llamó su atención.

Frente a ella, a más de treinta metros. La misma enorme figura de la otra vez. Una esbelta silueta de brazos que tocaban el piso. Fácilmente apreciable el hecho de que medía más de dos metros de altura. Lentamente levantó su desproporcionado brazo izquierdo hasta que quedó paralelo al suelo del bosque. Apuntando en cierta dirección.

Delia comenzó a caminar un poco más a prisa en dirección a esta criatura espeluznante. No tenía ni un ápice de miedo, sin embargo la curiosidad la invadía. ¿Qué era esa cosa? Y sobre todo, ¿qué quería de Delia? Ella misma no dejaba de preguntárselo.



Pudo distinguir que la criatura tenía una piel grisácea, pero nada más. No pudo determinar los rasgos faciales del ente ni ningún otro detalle. Ella sentía la impetuosa necesidad de acercarse más a este extraño ser y preguntarle cara a cara lo que necesitaba de ella.

Durante su andar, se percató de que algunos árboles de su camino presentaban una espiral roja viendo hacia ella. Algo que la desconcertó un poco, pero no le dio tanta im-

portancia. Continuó avanzando hacia la criatura que apuntaba.

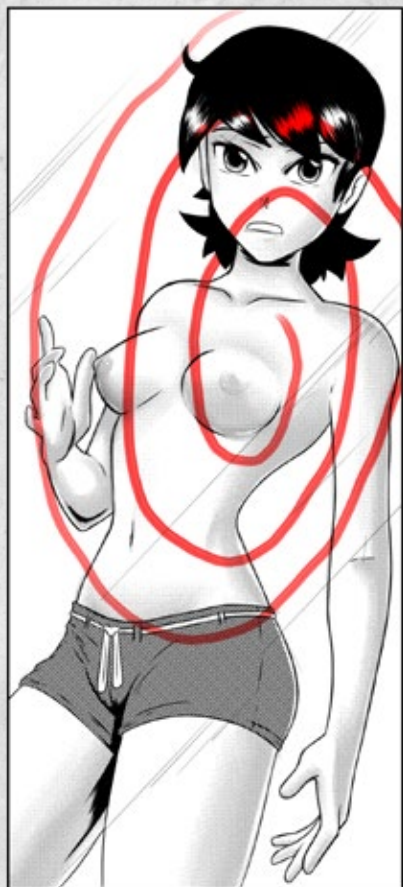
Fue cuando se dio cuenta de que no estaban solos ellos dos. A algunos metros más allá de la esbelta figura bizarra, otra apareció a gran velocidad y en silencio. Era un sujeto de estatura promedio, ropas en tonos oscuros. Llevaba puesta una capucha y cubría su rostro con una máscara que Delia no pudo distinguir bien.



La joven detuvo su andar al percatarse de la presencia de este otro ente. Misteriosamente, esa figura era lo que la inquietaba. La otra gigantesca criatura parecía atraerla con su mera presencia, pero el nuevo elemento de la escena era suficiente para mantenerla a distancia.

La luz del sol entró por la ventana. Delia despertó en su cama. Ella siempre tenía el consuelo de que al despertar y encontrarse adormilada, era capaz de ignorar las cosas que su padre le hubiera hecho durante el día anterior. Incluso una experiencia tan aterradora como la cena con sus indeseables invitados la noche anterior. Ahora en ese momento ella se sentía aletargada por el sueño, pero bastante intrigada por lo que había soñado.

Se sentó en su cama, giró su cuerpo, bajó los



pies de la cama y los apoyó en el suelo de madera. Permaneció en silencio un par de minutos tratando de repasar el sueño una y otra vez para no olvidarlo. Pensó que lo mejor sería escribirlo.

Caminó hasta su escritorio buscando el cuaderno que le había regalado aquél sujeto en el pueblo y algo para poder escribir. Sin embargo, cuando llegó hasta el mueble, algo llamó su atención.

Ella se veía frente a frente en el espejo. La espiral que ella había dibujado con su propia sangre lucía aún más grande. Una mirada de confusión en su propio rostro

detrás de la espiral era lo que observaba. Cuando ella la había dibujado, abarcaba su rostro completo y nada más. Ahora veía la espiral que comenzaba desde la mitad de su torso.

Se acercó al símbolo rojo y extendió su mano lentamente sin creer lo que veía. Comprobó con su brazo que se encontraba a la misma distancia que cuando lo había dibujado, evitando así cualquier ilusión óptica debido a una distancia diferente.

Despegó sus dedos de la espiral. Estaban manchados de rojo. Esa espiral tenía tres días dibujada en su espejo y había crecido. Sin mencionar el hecho de que la sangre no había coagulado en todo ese tiempo.

Delia permanecía perpleja con los ojos bien abiertos y su mano manchada frente a ella. Miraba con detenimiento el tono escarlata en sus dedos. Desvió su mirada de nuevo al espejo. En su propio reflejo, detrás de ella vio a alguien de pie.

Giró de inmediato. No había nadie con ella. Su corazón latía vigorosamente. Sintió ese flujo de adrenalina en su sistema, como cuando tenemos un susto muy fuerte e inmediatamente después nos damos cuenta que estamos a salvo. Y prácticamente eso es lo que había ocurrido.

Bajó las escaleras. Su padre se encontraba sentado en su sofá preferido observando por la ventana. Lucía bastante relajado. Casi dormido. Escuchó los pasos de Delia y de inmediato comenzó a lanzarle órdenes. La primera fue que lavara los platos, como siempre. Eso era lo primero que hacía Delia en el día.

Hace mucho tiempo que ella se había resignado a todo esto. A ese monotonó y lastimero estilo de vida, si es que se le podía llamar vida.

Al haber crecido en una casa descuidada y ser víctima de los constantes abusos de su padre, Delia había perdido la esperanza de un futuro mejor desde hacía mucho tiempo.

Cabizbaja se dirigió a la cocina donde una montaña de platos la esperaban. Se detuvo un poco para contemplar la tediosa tarea que tenía que realizar. Y sin más retrasos comenzó.

Uno esperaría que una joven como Delia estuviese más afectada por la terrible situación que vivió la noche anterior, pero como dije antes, ella estaba más que acostumbrada a los malos tratos por parte de su padre. Pero aún así ese suceso ocupaba gran parte de sus pensamientos ese momento. Principalmente por tratarse de algo que rompió su rutina más

que su privacidad. Fue algo que simplemente no pasa todos los días. Y de hecho temía que pasara de nuevo.

Ella intuía las intenciones de su padre, pero era demasiado temerosa y se encontraba lo suficientemente intimidada por el corpulento sujeto como para atreverse a preguntar sus perversas maquinaciones.

Ya llevaba algunos platos limpios en ese momento. Trataba de distraerse de lo ocurrido al concentrarse en dejar la vajilla lo más reluciente posible. El polvo iluminado por la luz del sol a través de la ventana era su único compañero. El sonido del agua cayendo su música de fondo. Y entonces un sonido ajeno a su momento de relativa paz intervino.

«Delia...» dijo una voz a lo lejos. Una voz que no era de su padre. Pero fue tan débil el llamado que la joven no estuvo segura de haberlo escuchado realmente.

Pausó su tarea unos momentos sin dejar de ver el agua corriendo. «¿Realmente escuché eso?» Pensó ella. Levantó la mirada y observó a través de la ventana frente a ella. Algo disonante con el entorno se encontraba en su rango de visión.

Estaba muy lejos, casi no se distinguía. ¿Doscientos metros tal vez? Ella no estaba segura, pero a una gran distancia observó lo que por un momento pensó que era la criatura que veía en sueños. La enorme criatura grisásea que señalaba un camino en el bosque.

Al principio trató de racionalizar lo que observaba. Afuera estaba muy iluminado por el sol y no podía percibir con claridad los detalles de la figura que observaba a la distancia. «Tal vez sólo sea una roca o un árbol. No se mueve.» Pensó ella.

—¡Delia! —gritó su padre desde la sala de estar.

—¿Qué pasa? —contestó ella saliendo de su trance.

—¡Acaba eso pronto! ¡Necesito que laves mi ropa! —le gritó sin tacto alguno —Hoy voy a visitar a gente importante y quiero verme bien.

—Tú no te ves bien de ninguna manera... —murmuró ella en voz baja.

—¿Entendido? —le gritó el desde la otra habitación.

—Sí, papá —contestó ella regresando la mirada al agua corriendo.

Ella se encontraba lavando un cuchillo de cocina. Lo tenía en sus manos con el agua corriendo sobre la hoja. Observó a través de la ventana de nuevo. Lo que había llamado su atención ya no estaba. Pero ella estaba segura de que antes había algo ahí observándola y ahora había desaparecido.

—¡Mi ropa, estúpida! —gritó Marty después de un par de minutos al ver que Delia estaba inmóvil viendo por la ventana.

—¡Ya voy! —le gritó ella fastidiada.

Apretó su puño. El agua corría por el cuchillo y pasaba a acariciar su mano. Respiraba profundo y audible. Giró su mirada lentamente hacia su padre. Estaba indecisa. Su mente tenía la intensidad de caminar, pero su cuerpo no respondía. Era como tener una parálisis de sueño.

Un golpe de adrenalina repentino inundó su cuerpo. Sus pupilas se dilataron, su corazón latió más rápido. No dijo nada. Caminó de prisa hasta la sala de estar. Su padre se encontraba sentado de espaldas a ella viendo por la ventana.

Sin mediar palabras, sin previo aviso. Simplemente clavó el enorme cuchillo en el cuello de su progenitor lo más profundo que sus delicadas manos se lo permitieron. Marty intentó gritar de inmediato, pero fue inútil. En vez de su voz, el sonido que producía eran una especie de gárgaras con sangre y un estridor espantoso al jadear por aire.



Delia comenzó a retorcer el cuchillo alternando direcciones. Tenía los ojos bien abiertos y enseñaba los dientes como una fiera. La saliva goteaba de un costado de su boca al igual que las lágrimas de sus ojos.

Removió violentamente el arma del cuello de su padre y en un éxtasis asesino incontrolable comenzó a apuñalarlo una y otra vez en el pecho. La camiseta de Marty se tiñó completamente de rojo tras esto.

«Lo hice...¡Lo hice!» Comenzó a decir Delia, primero en voz baja. «¡Soy libre!» Gritó a todo pulmón mientras su padre se movía erráticamente por breves espasmos fuera de su control al mismo tiempo que su vida se extinguía lentamente.

Ella se dejó caer de rodillas. El cuchillo seguía clavado en el pecho de su padre. Se llevó ambas manos al rostro para tratar de secar sus lágrimas, pero terminó manchada de sangre. Ella lloraba sin control, mas no sabía si era de tristeza o felicidad.

Un fuerte golpe en su nuca la regresó a la realidad. Aún tenía el cuchillo en su mano y el agua corriendo.

—¡Termina eso pronto! ¡Solo estas desperdiciando agua! —le gritó su padre detrás de ella.

—Sí, ya voy, lo siento —contestó ella con las lágrimas a punto de brotar.

«Fantaseas demasiado.» Pensó ella.

Esa misma tarde, Delia intentó distraerse un poco. Salió a dar un muy breve paseo por la parte trasera de su casa. Tenía unas cuantas horas libres antes de que su padre le obligase a realizar alguna otra tarea hogareña.



Se encontraba absorta en los recuerdos traumáticos de la cena con sus intrigantes y siniestros invitados. Se sentó en el tocón de un árbol. Tenía la mirada fija en las montañas a lo lejos. Ella soñaba con poder escapar algún día y saber qué había detrás de ese relieve del paisaje.

El cielo estaba nublado y daba la impresión de que llovería en cualquier momento. El viento que movía sus cabellos acentuaba esta predicción. Y de hecho es lo que ella deseaba en esos momentos. Poder permanecer a solas bajo la lluvia. Purificando su conflicto interno.

Entonces el crujir de la rama llamó su atención. Lo

primero que pensó fue en su padre acercándose para asignarle alguna otra tarea de forma esclavizante, pero cuando giró su rostro hacia su derecha lo vio ocultándose detrás del tronco de un árbol en el sendero del bosque.

Ahí estaban esos inocentes ojos azules viéndola fijamente. Elliot estaba de pie a varios metros de Delia sin decir ni una palabra. La chica se llevó la mano a la boca a causa de la sorpresa y sus ojos reflejaron esa expresión también.

Rápidamente buscó en todas direcciones a su padre sin encontrar señales de él afuera de casa. Una vez segura de que no la observaban, se acercó trotando hacia el joven.



—¡Elliot! ¿Qué haces aquí? —preguntó ella sorprendida.

—Quería visitarte —fue la sincera respuesta de él.

—Mi papá no debe enterarse de que estás aquí —le advirtió Delia.

—¿Es malo? —preguntó Elliot ocultándose un poco más detrás del árbol.

—Es... especial —contestó ella volteando hacia su hogar.

Elliot lucía un poco más andrajoso que la primera vez que se vieron. Incluso tenía algunas cuantas heridas en su rostro y manos. Delia no pudo evitar notar esto. Se acercó

a su compañero y trató de alcanzar sus heridas delicadamente con su mano, pero Elliot retrocedió un poco más con cautela.

—¿Qué te pasó? —preguntó ella.

—El bosque. Me perdí un poco camino a este lugar.

—¿Cuánto tiempo llevas en el bosque?

—Un día.

—¿Pasaste la noche en el bosque?! —preguntó Delia un poco sorprendida.

—Sí, es... normal —afirmó el joven sin hogar.

Las gotas de agua comenzaron a escucharse en la copa de los árboles. La lluvia era leve, pero constante. Ambos guardaron silencio prestando atención al ambiente.

Elliot parecía resignado a buscar algún refugio en el bosque, pero Delia tenía una idea diferente. «Espera aquí.» Le dijo a él y se alejó.

Corrió unos segundos hacia su casa y se detuvo en la entrada. Cambió su andar por uno desganado y apático y se adentró a su hogar disimuladamente. Buscaba a su padre con la mirada, sin querer llamar su atención. No tardó mucho en encontrarlo. Estaba dormido en el sofá como una enorme bestia atacada con somníferos.

Delia salió de nuevo hacia la orilla del bosque. Elliot la esperaba tratando de refugiarse de la lluvia bajo unas ramas, pero era inútil.

—Sígueme —le dijo ella extendiendo su mano para acercarse a él.

—¿A dónde vamos? —preguntó Elliot.

—Vas a ser mi invitado secreto.

Lo tomó de la mano y trotaron camino a casa de Delia. La lluvia había embravecido y cuando llegaron, ambos goteaban el agua de lluvia como si es hubiesen arrojado galones de agua encima a cada quien.

«Espera, no hagas ruido.» Le dijo ella mientras se adelantaba para comprobar que su padre seguía dormido. Hacía falta el inicio del Apocalipsis para despertar al enorme Marty al parecer.

Delia guió a Elliot sigilosamente a través de la cocina hasta llegar a la escalera que llevaba a las habitaciones. Debían atravesar la sala de estar donde Marty roncaba fuertemente.

Los pasos de los dos se volvieron tan silenciosos como les fue posible. El único sonido que emitían eran algunas gotas de agua cayendo sobre el suelo de madera.

Despacio, muy despacio. Su andar furtivo parecía estar muy lejos de poder afectar el sueño del padre de Delia.

La chica empujó suavemente a Elliot para que se adelantase en las escaleras. Paso a paso fue avanzando, escalón por escalón. Fue cuando se toparon con el primer problema.

Cada paso que daban era denotado por el crujir y rechinar de la madera vieja.

Delia permaneció a los pies de la escalera vigilando a su padre. Este comenzó a moverse bruscamente. De inmediato los ojos de Delia se abrieron con pánico. Elliot se quedó inmóvil a mitad de camino en la escalera. Sin dejar de ver a su padre, Delia le indicaba a Elliot que siguiera adelante.

Marty se había girado y había tosido un poco aún en sus sueños. Elliot apresuró el paso de forma poco prudente pues el sonido de sus movimientos fue bastante fuerte.

No sólo el crujir de la madera sino sus pasos resonaron en la sala. El último de sus movimientos se detuvo en el momento en que Marty abrió los ojos.

Delia era una estatua a unos metros de él. Aún no la había visto. Hasta que giró su enorme cuello. Entonces se percató de la presencia de la joven.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marty al notarla algo nerviosa.

—Nada... Nada. Es que está lloviendo y quería ver que no hubiese ropa tendida —contestó ella desviando la mirada y regresando por donde había entrado como si apenas fuese a salir.

—Ah, ya veo.

—Sí, no sé si dejé algunas cosas colgadas o no. No recuerdo —dijo ella de espaldas.

—Entiendo. Entonces, ¿Por qué estás empapada?



El andar de Delia se detuvo en seco, a diferencia de ella. Aún se podían escuchar las gotas de lluvia impactando el suelo de madera al desprenderse de sus ropas.

«Es mi segunda vuelta...» Respondió ella sin saber qué más contestar. Ninguno de los dos dijo nada. Unos cuantos segundos pasaron en ese silencio incómodo y Delia comenzó a avanzar hacia la cocina para después salir a la lluvia y girar en una esquina para perderse de vista de su padre.

Permaneció menos de veinte segundos recargada en la pared de su casa viendo el suelo golpeado por la lluvia. «¿Y si descubre a Elliot?» Pensó ella. Era una preocupación latente que cada vez más invadía su pensamiento de forma ominosa.

Regresó de nuevo a la cocina. Entonces se percató

de un detalle que no habían considerado al entrar la primera vez. Las huellas de lodo de Delia eran acompañadas por las de Elliot. Sólo los primeros pasos estaban marcados. El rastro de lodo desaparecía a mitad de la cocina.

De inmediato comenzó a tratar de disimularlo con sus pies y el agua que escurría. Movimientos rápidos, frenéticos y silenciosos. «El gordo se va a enojar, pero prefiero que sea por esto.» Pensó ella mientras hacía un desastre con lodo en el suelo de la cocina.



Entonces lo escuchó acercarse. No tuvo tiempo. Sabía que en menos de un par de segundos su padre entraría a la cocina.

En un salto desesperado, se dejó caer con el abdomen al suelo cubriendo las últimas huellas de Elliot. En el proceso hizo un escándalo notorio al mover una silla y golpear la mesa con esta.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó Marty al verla en el suelo —¿Y qué rayos le hiciste a la cocina?

—Perdón, perdón —dijo ella gateando un poco hasta alcanzar la mesa, siempre con la mirada hacia abajo para asegurarse de que las huellas habían desaparecido.

—Tú vas a limpiar este maldito desastre.

—Sí, lo sé, lo sé. ¿Puedo ir a cambiarme primero? Es que el suelo estaba muy resbaloso y me caí.

—Te caes por ser torpe. Ve a cambiarte.



Delia salió disparada. Subió las escaleras velozmente y al llegar al final se detuvo. Observó en todas direcciones hasta encontrar a Elliot en la oscuridad del fondo del pasillo a su derecha. Sin hacer ningún ruido, agitó su mano llaman-

dolo para que la acompañara.

Tratando de no hacer ruido, el joven se dirigió hacia ella. Delia lo tomó de la mano y lo guió hasta su habitación.

—¿Qué te pasó? —preguntó él en voz baja al verla cubierta de lodo.

—Nada, nada. Sólo escóndete aquí conmigo.

Delia abrió la puerta de su habitación. Elliot contempló los aposentos de la joven. Un poco de ropa vieja en el suelo, muchos cuadernos en un escritorio, algunas muñecas hechas por la misma Delia. Y entonces algo llamó su atención.

—¿Qué es eso? —preguntó él señalando la espiral roja en el espejo.

—Es... todavía no lo sé —respondió ella sin prestarle mucha atención—. Espera aquí.

Tomó unas cuantas prendas del suelo y se adentró al baño. Minutos después salió cambiada y arrojó la ropa sucia al suelo a un lado de la cama para que no estorbara.

Elliot tenía su mirada fija en el enorme cuaderno de dibujo de Delia. Más que su apariencia antigua, era su volumen lo que le llamaba al atención. Delia lo miró con cautela unos segundos, pero luego recordó que debía bajar a limpiar.



Se acercó hacia él y lo tomó de los hombros suavemente.

—Escucha, mi padre no debe saber que estás aquí. A los dos nos puede ir muy mal si se entera. Necesito que estés alerta por si sube las escaleras y que te escondas. ¿Entendido?

—Sí —contestó Elliot asintiendo con la cabeza al mismo tiempo.

—Buen chico. Ya regreso, no tardo.



¿QUERES MÁS?

Haz un donativo y tendrás...

- versiones ilustradas
- audiolibros animados
- ilustraciones exclusivas
- canciones exclusivas
- finales alternativos
- contenido adulto
- sexy calendario
- tutoriales

patreon
www.patreon.com/iorx